

LA EXCELENCIA HUMANA MORAL, JUSTICIA Y DIVINIDAD

Cuando Suetonio contemplaba los hechos pasados por su orden y explicados, -tal como las cosas sucedieron- observó la relación de igualdad entre quimera moral y la excelencia que es su brillo; la igualdad de quimera y la fortaleza y el heroísmo, e incluso se iguala con la grandeza expansiva del estado. Pero también se dio cuenta que, de hecho, cuando esa quimera o excelencia moral se identifica con el lujo y la ambición, (cuando falta la virtud de la pobreza que trata a las cosas como instrumentos de grandeza humana y magnificencia), ...entonces, en ese preciso instante que esto pasa, deviene la miseria, la bazofia, el vicio, la villanía, la vulgaridad, el embrutecimiento anímico, la corrupción (que en otro artículo moral hemos plasmado como un monumento de podredumbre) en que hemos contemplado asombrados -y él también- al ejército que había de ser la fuerza del bien, convertido en la fortaleza del mal.

Nuestro autor, -el rey de los historiadores romanos, muerto 30 años antes del Redentor divino que hemos tenido-, nos muestra ahora esa relación de un hombre que identifica su bonhomía con sentarse en un cúmulo de cosas, sin importarle si robadas, o usurpadas a la obra de su gloria que ha de expandirse a la redonda.

"Desde que empezaron a honrarse las riquezas y que tras ellas se iba la gloria, la autoridad y el mando, decayó el lustre de la virtud, túvose la pobreza por afrenta y la inocencia de costumbres por odio y mala voluntad. Así que de las riquezas pasó la juventud al lujo, a la avaricia y la soberbia. Robaba, disipaba, despreciaba su hacienda, codiciaba las cosas divinas y humanas sin miramiento ni moderación alguna. Cosa es que asombra ver vuestras casas en Roma y su campaña, que imitan en grandeza las ciudades, y cotejarlas con los pequeños templos de los dioses, fundados por nuestros mayores, hombres sumamente

religiosos. Pero aquellos adornaban los templos con su piedad, las casas con su gloria, ni a los vencidos quitaban sino la libertad de injuriar de nuevo; éstos, al contrario, siendo como son hombres cobardes en extremo, quitan con la mayor inquietad a sus confederados mismos lo que aquellos fortísimos dejaron aún a los enemigos, después de haberles vencido; como si el usar del mando consistiese solamente en atropellar y hacer injurias".

La quimera moral real, y como tal tomada por aquellos hombres prácticos, era identificada en el fondo de sus almas con Dios mismo que cercano les contempla. Y cuando la vida humana deja de ser desarrollo de la piedad, ya no hay nada que valga la pena ser. Por eso cuando la gloria se pone en horas de tiempo, tierra y algún otro pasatiempo, es un engaño insufrible, para quien tiene la mente, que no es capaz de afirmar que "el tiempo es la eternidad", -porque no lo es de verdad-. Y cuando tal no es verdad, lo que pasa es lo que tiene que pasar: el hombre desesperado, empieza a hacer el mal con solemne ebriedad, intenta rivalizar con cualquier otro animal, combate la inteligencia que le puede dejar mal en honor a la verdad, combate a Dios del cielo que le ha de castigar por ser tan necio y adrede, combate la unidad humana y religión universal que del Divino nos viene; combate desesperado por conocer la verdad que le juzgará seguro y le ha de condenar, por haberse comportado como burro sin ser tal.